

Decimotercer Domingo Tiempo Ordinario. Año B

Lectio divina sobre 5,21-43

Hoy el evangelio ilumina *uno de los misterios más grandes de la existencia humana*, el que más la entenebrece, la que más tememos: el misterio de la enfermedad y de la muerte. Curando a una mujer y resucitando a una niña, Jesús se nos presenta como el Señor de la vida y de la muerte. No estaría mal que nos tomáramos en serio el evangelio. Y es que nos puede estar sucediendo a los creyentes hoy como a aquellos discípulos de Jesús entonces; siempre a su lado, llegaron a conocerlo y a estimarlo como nadie; pero jamás se atrevieron a pedirle nada especial ellos e, incluso, tomaron a mal que otros lo hicieran. Es posible que también nosotros, los que creemos en Cristo Señor de la vida, no pensemos en él ni recurramos a él ni siquiera cuando nos sentimos amenazados por el mal, aunque bien sabemos que solos no podemos librarnos del mal ni asegurar un día más, o un momento mejor, a nuestra propia vida.

En aquel tiempo, ²¹Jesús atravesó de nuevo en barca a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. ²²Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, al verlo, ²³se echó a sus pies, rogándole con insistencia:

«Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva.»

²⁴Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba.

²⁵Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. ²⁶Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos, y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. ²⁷Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, ²⁸pensando que con sólo tocarle el vestido curaría. ²⁹Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias, y notó que su cuerpo estaba curado. ³⁰Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando:

«¿Quién me ha tocado el manto?»

³¹Los discípulos le contestaron:

«Ves como te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me ha tocado?"»

³²Él seguía mirando alrededor, para ver quién había sido. ³³La mujer se acercó asustada y temblorosa, al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. ³⁴Él le dijo:

«Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.»

³⁵ Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle:

«Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al maestro?»

³⁶Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga:

«No temas; basta que tengas fe.»

³⁷No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. ³⁸Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. ³⁹Entró y les dijo:

«¿Qué estrépito y qué lloros son éstos? La niña no está muerta está dormida.»

⁴⁰Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos y, con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes, entró donde estaba la niña, ⁴¹la cogió de la mano y le dijo:

«Talitha qumi» (que significa: *«Contigo hablo, niña, levántate»*).

⁴²La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar; tenía doce años. Y se quedaron viendo visiones. ⁴³Les insistió en que nadie se enterase; y les dijo que dieran de comer a la niña.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Al tiempo que revelan su identidad personal, los milagros que opera Jesús hacen evidente la presencia entre los hombres del poder salvador de Dios. Tras haber resumido la evangelización de Jesús en un discurso compuesto a base de parábolas (Mc 4,1-34), Marcos muestra su actuación prodigiosa recopilando un serie de prodigios (Mc 4,35-5,34): el poder de Jesús no tiene límites, ni la naturaleza (Mc 4,35-41) ni la misma muerte (Mc 5,35-42) lo detiene; traspasa barreras geográficas de Israel (Mc 5,1-20) y en Israel, el obstáculo más interior, la impureza legal (Mc 5,24-34). Testigos de poder tan desmesurado son sólo sus discípulos: a quienes se les ha concedido conocer los secretos del reino se les da la oportunidad de presenciar su eficacia salvífica. Seguir a Jesús continuamente tiene como recompensa verlo actuar portentos.

Marcos presenta esta vez dos milagros que tiene que ver con la muerte, vencedora en el caso de la hija de Jairo y que está por vencer, en el de la hemorroísa. Y los narra utilizando una técnica que describe con notable énfasis la lucha de Jesús contra el mal: interrumpe la crónica de la reanimación de la niña para prestar atención a la sanación de la mujer. Es un único combate con la muerte, que se desarrolla en dos 'rounds'. Si el primero se inicia con la petición expresa de quien no está malo, el segundo se abre con una mujer que por mucho tiempo no había podido estar bien; en el primero, Jesús consiente en visitar a la moribunda; en el segundo, Jesús cura 'a distancia' y sin saber bien a quién cura. En ambos casos, Jesús encontró deseos de curación y fe en él, fuera publicada abiertamente o fuera mantenida en secreto. Hay, con todo, una notable diferencia: la hemorroísa fue curada, porque su 'estrategia del anonimato' era –

reconoció Jesús – consecuencia de su fe; a Jairo, que siguió esperando la visita de Jesús cuando ya su hija había muerto, se le animó a perder la fe. Sin fe en él, Jesús no logrará vencer nuestro mal, ni el de los nuestros.

II. **MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida**

Dentro del relato de la resurrección de una niña el evangelista ha introducido el de la curación de una enferma desahuciada. En ambos casos, la fe ciega, sin más apoyo que la propia incapacidad, es condición indispensable; en ambos casos, la situación era desesperada: la familia de la niña muerta y la hemorroísa vivían sin esperanzas; los padres habían perdido a su hija y la mujer sus ahorros de toda la vida. Al límite de sus posibilidades, la mujer 'roba' el milagro a Jesús, escudada entre una muchedumbre; y Jairo, con la muerte vencedora en su hogar, pide el milagro con insistencia. Su impotencia les pone en manos de Jesús: su fe en él se alimenta de su incapacidad para mantener la vida.

Crear en Jesús supone contar con que nuestros males son perecederos y, por tanto, no nos van a sobrevivir: hasta la muerte puede convertírsenos en un mal sueño del que despertar si nos confiamos totalmente al poder de Cristo. Pero quizá nos falte aún experimentar hasta el fondo nuestra propia incapacidad, para darnos cuenta de la falta que nos hace Jesús: ¿habrá que esperar a que no podamos ya defendernos de mal para encontrar en él la salvación? Sería una lamentable pérdida de tiempo. Pero, al menos, no nos sobreviviría el mal.

Precisamente lo que llevó a Jesús al jefe de la sinagoga y a la mujer enferma fue el saberse incapaces de liberarse del mal que los amenazaba: el padre no era capaz de asegurar la vida a quien se la había transmitido; la mujer había gastado ya todos sus haberes sin encontrar alivio alguno. Uno no podía mantener la vida en su propia casa; la otra sentía que estaba perdiendo la propia vida poco a poco. Ambos no veían más futuro que la muerte. Y fueron a Jesús, cada uno con su angustia y su necesidad: el padre le pidió un milagro en público; la mujer no se atrevió más que a acercársele en secreto; uno rogó con insistencia la salvación de su hija; la otra creyó que bastaría con tocarle el vestido para sanar. En ambos casos, sucedió el milagro: la niña moribunda 'despertó', y la mujer se sintió curada repentinamente.

No fue, pues, la forma de pedir ni tampoco el contenido de la petición, lo que les produjo la deseada curación. Pidieron como mejor supieron; a gritos o en silencio, cada uno deseaba obtener lo que reconocía le faltaba; pero rogaron sabiéndose en necesidad urgente de cuanto pedían, conociendo bien el mal que los amenazaba y su gravedad. ¿Por qué será, entonces, que nosotros, discípulos de Jesús, no encontramos motivo alguno especial para ir hacia él?; ¿o es que estamos tan bien que ya no le necesitamos, tan a gusto con nuestros males que no nos hace falta Jesús?. Por más necesitados que nos sepamos, por más experiencia de nuestra incapacidad para mantenernos en vida y posibilitar la de los nuestros, no hemos logrado aún acercarnos a Jesús con la fe de ese hombre que temía por su hija y de esa mujer que, intentando curarse, había perdido todos sus bienes. Si no acudimos a Jesús para tocarle y sanarnos o para insistirle que nos cure, seguramente no es porque estemos totalmente sanos o seguros de no enfermar; más probable es que no conozcamos todavía los males que nos aquejan.

Aunque se nos esté escapando la vida poco a poco, por más que sepamos estar viviendo una vida perecedera, no logramos ponernos en camino hacia Jesús; si no le gritamos nuestra necesidad o nos aferramos a él y le tocamos en silencio, no habrá esperanza de mejora para nosotros; la curación la lograron quienes sabían que no podían curarse ellos solos y no quienes, estando siempre cerca de Jesús, creían no necesitarlo y nada le pidieron. Tendría que animarnos a ir a Jesús el saber que a él no le importa qué clase de mal nos obliga a ir en su búsqueda ni qué palabras le vamos a decir; bastan unas manos que ya no tienen nada que ofrecer, pero quieren agarrarse a él como a su última esperanza; basta un corazón angustiado que no tiene a otro a quien acudir: si nos pesaran más nuestros males, seguramente iríamos con más fe a Jesús, y con más frecuencia. Puede parecer paradójico, ¡y lo es!, pero hemos logrado sentirnos bien con nuestros males, tanto como para no buscar en Cristo nuestra curación; nos hemos acostumbrados tanto a ellos, nos son tan familiares nuestros males que hemos desistido de encontrarnos mejor; desperdiciamos la ocasión que nos da el seguimiento de Jesús, porque no somos conscientes de lo poco buenos que aún somos y del bien que nos haría pedirle a él nuestra curación y la de los nuestros.

Porque, si algo no nos falta alrededor de nosotros es la muerte y, en nuestro interior, el mal y la certeza de no poder ponernos al reparo de ella. Ten seguros estamos de ellos que ya apenas luchamos en su contra, que no queremos ni pensar en ellos; parece que nos hemos dado por vencidos ante el mal que reina en nuestro entorno, no nos rebelamos porque se nos esté cubriendo de muertes nuestro mundo; ni tenemos fuerza para pedir nuestra liberación personal ni nos interesa la aparente victoria del mal y de la muerte: hemos cejado de luchar, porque estamos un poco muertos en nuestro interior; hemos dejado de rezar, porque no nos creemos que Cristo pueda salvarnos del mal. Y sin embargo, el discípulo de Jesús puede afrontar la vida con ilusión y encarar la muerte sabiéndola vencida: 'Dios no hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes'. Este es nuestro Dios y así quiere ser para nosotros.

¡Cuántas veces nos lamentamos de que la vida no merece tantas penas, que no hemos recibido de ella cuanto hubiéramos deseado!; ¡cuántas veces pensamos que todo es un camino hacia la muerte, que nuestra necesidad de amor es mayor que la capacidad de amar de nuestros seres queridos!: olvidamos que, al menos para Dios que nos quiso y nos hizo de la nada, algo representamos. Somos alguien para Dios: hemos salido de su pensamiento, de sus manos, de su corazón; nuestra vida, toda ella, es un regreso al punto de partida, su pensamiento, sus manos, su corazón. Sólo por eso merece la pena aventurarse a vivirla, sin anonadarse antes las dificultades ni achicarse ante el mal o la muerte. Dios no ha creado la

muerte, no la quiso: hoy tenemos la mejor prueba en el comportamiento de Jesús con el padre, preocupado por la muerte de su hija, y con la mujer a quien se le escapaba la vida lentamente y sin remedio.

Basta tener fe: es necesario que cambiemos nuestra forma de enjuiciar la vida que tenemos y la muerte que tememos: nuestro modo de ver la vida y la muerte, las enfermedades irremediables y las catástrofes inesperadas, el mal que hacemos y el que sufrimos, todo adquiere un sentido nuevo visto desde Dios. Son un medio para ir en su búsqueda y son un recuerdo de tareas por realizar. Creer en Dios que no hizo la muerte significa en concreto estar seguros de que nuestra vida y la de los nuestros, la de quienes amamos y a la de nuestros enemigos, pertenecen únicamente a Dios. Y significa, por lo mismo, que cualquier atentado contra la vida, nuestra o de los demás, es un atentado contra Dios, Señor de vida y de muerte. Así como nuestros límites, nuestras pequeñas 'muertes' diarias, nos llaman a la responsabilidad de actuar en contra, porque ambas se oponen a la voluntad de un Dios que no hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes. El cristiano ama la vida, porque ama a Dios. Y ama a Dios, porque le ha dado la vida y le salvará del mal y de la muerte.